

## Crítica

# Otro gran Beethoven al piano

POR Teobaldos

### FESTIVAL DE MENDIGORRÍA

**Intérpretes:** Alberto Urroz, piano. **Programa:** Schubert: sonata 22, D. 959. Beethoven: bagatela nº 3 de la op. 126. Sonata 32, op. 111. **Programación:** Festival. Ayuntamiento. Parroquia. Videored. Polimúsica. **Lugar:** Parroquia de San Pedro. **Fecha:** 11 de agosto de 2020. **Público:** el permitido (10 euros). **Incidencias:** Se retransmitió en directo para los Amigos del Festival de todo el mundo.

Aunque, precisamente, Beethoven no necesite de efemérides para estar en lo más alto del repertorio de toda sala de conciertos, lo cierto es que el 250 aniversario de su nacimiento ha elevado aun más su exhaustiva presencia. A pesar de las restrictivas condiciones concertísticas impuestas por el covid, en veinte días, hemos podido escuchar excelentes versiones de sus sonatas para piano. Abordadas desde personalidades distintas, más íntimas o más extravertidas; siempre, claro, asomando el genio de Bonn. No

me duelen prendas al afirmar que la versión de la sonata número 32 —precedida de la preciosa bagatela número 3—, que hizo Alberto Urroz en su festival de Mendigorriá, ha sido una de las más redondas que he escuchado. Redondas en el sentido de unidad de toda la obra —siempre compleja—, de su dominio y conocimiento de principio a fin, sin bajones de intensidad; con algo que decir en cada compás, con todos los contrastes enseñados con claridad. Admiro, de Urroz, la austeridad de gesto a favor de la intensidad personal, de donde brota toda la música. Es la actitud del intérprete que nunca quiere estar por encima del compositor, —un disparate tratándose de Beethoven, pero que se da—. Por el contrario, la partitura surge en todo su esplendor, con el protagonismo del autor, quedando el intermediario —aparentemente, claro —en segundo plano. Irrupción poderosísima de la sonata, —después de la delicada bagatela—, desde la zona grave, y cómo se va expandiendo y hermoseando hacia la zona aguda. Muy bien hecho el paso del matiz fuerte al más piano: paulatinamente, con una rica gama de intensidades, y del dominio del volumen sonoro. En el tramo lento del segundo movimiento, Alberto Urroz nos muestra otra de sus excelentes virtudes: el lograr que la música fluya pero *estando quieta*; ese tocar el pia-

no, *casi sin tocarlo*, con la sensación de que la música, la melodía, el canto, salen solos. Técnica a flor de yemas, y con un fraseo que todo lo enlaza, incorporando el enorme entramado final. La sonata número 22 de Schubert será otro de los grandes recuerdos del festival; y más concretamente el segundo movimiento; más que nada por la conjunción que hubo entre la inmarcesible belleza de la obra de Schubert, el intérprete, el lugar y el público. A la austeridad ya dicha del intérprete, y esa quietud que tiende a eternizar la música, a que se quede, nos atrape y nos conmueva, se añade la diminuta aureola de sonido que aporta la reverberación del lugar. El los fuertes, esa reverberación hay que controlarla, y así se hace. En los matices piano, es una belleza añadida. El contraste con los golpes entrecortados es enorme. El tercer movimiento es de matiz más juguetón. Paseo limpio por el teclado. El último movimiento, con el tema muy *schubertiano* y conocido de otras obras, es un despliegue de sinfonismo alrededor de ese tema, que se repite, y se adorna, por ejemplo, muy rotundamente, en la mano izquierda. Dos grandes sonatas para un programa denso, pero hermosamente asequible. Y muy acertado, porque emparejar a Schubert y Beethoven, es escuchar la influencia de éste sobre aquel. ●